



XV

La Sma. Eucaristía es universal medicina del alma.

Nunquid resina non est in Galaad.
Por ventura no hay bálsamo en Galaad?
JEREM. VIII, 22.

1. Para que la púrpura sea apreciada convenientemente no ha de examinarse sola, sino parangonada con otra que sea de su mismo género. En el templo capitolino de la imperial ciudad romana, se guardaba antiguamente un manto de brillante púrpura, generosa dádiva de un monarca persa, cotejando con el cual los rojos mantos de los más fastuosos emperadores romanos, si antes parecían no tener rival, no sólo no podían después ser comparados con él, antes bien semejaban á trapos viejos de grana muy usados. Mas si de este escrupuloso cotejo entre distintas piezas de púrpura finísima sobresale al momento la que es de un valor superior, ¿qué valor, qué ventajas no reconoceremos en la Divina Sangre de Jesucristo Sacramentado, preciosa púrpura con que se vistió el Rey de la gloria, comparada con los demás Sacramentos de la Iglesia? La virtud, la excelencia y la hermosura de todos estos medios de santificación se cifra en la Sangre del Redentor, sangre de precio infinito, suficiente por sí misma para remediar todas las graves dolencias que aquejan al género humano.

2. Sin embargo, es de fe que esta divina púrpura, distribuída en distintas y hermosas piezas, puede ser cotejada en sí misma. Las ricas piezas son los Sacramentos, y de la comparación exacta é imparcial resulta que el Sacramento de la S. Eucaristía aventaja á los demás en brillantez, excelencia y valor. Si es cierto, enseña el Tridentino, que este Sacramento Santísimo tiene una cosa común con los otros sacramentos, á saber: que es símbolo de cosa sagrada y forma visible de gracia invisible, también lo es que es más excelente que los demás signos sensibles de la Gracia, por cuanto que éstos sólo pueden santificar con el uso, mientras que en la S. Eucaristía está realmente el Autor de la santidad antes del uso (1), y por consiguiente puede santificar antes de percibirlo sacramentalmente. El propio Concilio, para afianzarnos más en esta verdad, anatematiza al que afirmare que son iguales todos los sacramentos entre sí y (2) no creyere que el de la Eucaristía es más digno y excelente.

3. Un alma que es esclava de Satanás, es transformada por medio del Bautismo en hija de Jesucristo y heredera del cielo; el espíritu malo huye de esa criatura santificada; entonces parece que la púrpura del Salvador no puede ser más brillante, y el entendimiento humano, admirado por el valor y la excelencia de la sangre de Jesucristo, exclama: ¡Qué hermosa! Pero esa criatura se extravía enormemente del camino de la salvación y por medio de la Penitencia se viste de nuevo la púrpura de Jesucristo; parece en este caso que este divino ropaje ha adquirido nuevo colorido, mayor brillantez que el del Bautismo; también entonces la inteligencia finita no puede menos de exclamar: ¡Qué admirable! esto raya en lo infinito. Mas, cuando esa misma criatura llega á poner sus puros labios en la Hostia de los altares, cuando es incorporada al Hombre Dios, cuando se mezcla íntimamente con el Infinito ¡Ah! entonces la púrpura del Salvador aparece transfigurada, llena de gloria, bella y ra-

(1) Sess. XIII, cap. 3.
(2) Sess. VII, c. 3.

dian­te como el sol en su cenit, y el hombre que, estupefac­to, se encuentra ante un espectáculo tan celestial, no puede por menos de expresarse de esta manera: Sí, la púr­pura de la Eucaristía no sólo toca los límites de lo infinito sino que los supera.

4. ¡Qué bello es el Sacramento del Altar! Cada sacra­mento posee una virtud particular, es señal sensible de un don peculiar, derrama la Gracia divina con tasa, vierte la Sangre de Jesucristo hasta cierto punto; pero la Divina Eucaristía, conteniendo verdaderamente al propio Salvador, posee todas las virtudes, es señal sensible de todos los dones del Hombre Dios, derrama la Gracia divina á torrentes y vierte la sangre de Jesús sin grados, sin cantidad deter­minada, sin medida, puesto que el amor de Cristo en este Sacramento está sin medida. He ahí por qué la Santa Eucaristía es medicamento general que puede ser aplicado á todo género de dolencias espirituales; es un específico selec­to que perfecciona lo que dejaron por terminar los demás sacramentos; es farmacopea sin rival que, purificando el alma, la deifica al mismo tiempo.

Dediquémonos, pues, al estudio de la Santa Eucaristía, considerada como Medicina del alma; y á este fin voy á distribuir mi trabajo en dos partes: 1.^a *Jesucristo Sacra­mentado es nuestra universal Medicina.* 2.^a *Excelencias del Eucarístico Medicamento.*

§. I.

5. El hombre, apenas se siente atacado de una enfer­medad corporal, si es consecuente, pondrá en juego los re­sortes de su ingenio para curarla; pregunta é indaga, y cuando se persuade ó le aseguran que este ó aquel medica­mento es el más indicado para su dolencia, no tarda en pro­curárselo. El cristiano, empero, que se ve invadido por mo­rales enfermedades, claro que, si es consecuente, buscará en su Redentor los remedios que le hacen falta para combatir unas afecciones tan molestas. Mas debemos observar una circunstancia importante: en la ciencia médica existen cier-

tamente medicinas y específicos seguros para tales ó cuales dolencias; pero, como los organismos son diversos, en los cuales hay que estudiar el temperamento, la edad, la profe­sión, etc., y las afecciones no siempre vienen despojadas de otras dolencias que se les agregan y acompañan, apenas se podrá formar un diagnóstico seguro para que el medica­mento, recetado por hábil profesor, ofrezca infalibles resulta­dos. No así sucede con las enfermedades del espíritu cuyos remedios, santamente aplicados, resultan siempre eficaces.

6. Pero bien; en la Iglesia del Hombre Dios hay un es­pecífico tan saludable y eficaz, de unos resultados tan pron­tos y seguros, tan económico y sencillo que es indicado pa­ra combatir todas las afecciones del espíritu: es la Santa Eucaristía. Cierto es que no remite *per se* el mortal pecado, mas lo puede remitir *per accidens*. Y no es esto sólo, por­que lo más propio para atacar é impedir una enfermedad cualquiera es la medicina preservativa que impide desarrol­lar la dolencia; y la Divina Eucaristía es medicamento pre­servativo de los extravíos del espíritu, pues se constituye en él como antemural divino que resiste los fieros embates de las sugerencias y de sus terribles efectos. Por lo tanto, la Eucaristía es medicina de los pecados mortales, sobre todo si la consideramos como soberano Sacrificio, que en­tonces es un excelente específico contra las dolencias mor­tales del alma, porque, á más de ser expiatoria, impetra auxilios eficaces del cielo para que la conciencia que se halla en pecado grave se mueva al arrepentimiento, se confie­se y quede libre enteramente de la grave dolencia.

7. Y si puede emplearse el medicamento eucarístico contra las afecciones mortales, ¿cómo no podrá usarse me­jor todavía contra las afecciones veniales? Yervas mortí­feras del corazón humano, son secadas por la acción del Sa­cramento santo. ¿Somos quizá soberbios? El orgullo nos domina? La vanidad se posesiona de nosotros? La recepción del Sacramento del Altar influirá directamente contra esas morbosas causas y las extinguirá; al menos hará que dismi­nuya su frecuencia. Sin duda la avaricia habrá acariciado

alguna vez nuestro espíritu, lo habrá comprimido para que no sea grande con los pequeños y magnífico con los humildes; mas ahí se nos muestra Jesucristo Sacramentado dándose todo á todos sin reservarse para sí más que la paciencia en sufrirnos, á fin de acabar de curar nuestras llagas. ¡Ah! La Santísima Eucaristía es un gran medicamento sedante que calma los furiosos embates del fomes del pecado; es un poderoso medicamento estupefaciente que apaga los ardores de las pasiones y hace entrar al espíritu en dulce sueño en el que se baña todo el ser humano; es un eficaz medicamento estimulante para los tibios de corazón, causando en ellos la prontitud en el obrar; es un sin rival medicamento corroborante de las fuerzas perdidas por los malos hábitos; es un vigoroso medicamento emoliente que, al propio tiempo que pacifica el alma, le hace entrar por las vías del fervor cristiano. Sí; Jesucristo Sacramentado arranca los vicios, destierra las pasiones, consume los pecados, destruye la imperfección, y aun no le bastan todavía semejantes felices operaciones: suele obrar después en el alma lo que los medicamentos reconstituyentes en el cuerpo, á favor de la convalecencia: planta virtudes en lugar de los vicios que arrancara.

S. Ahora bien: Si la divina Eucaristía es universal medicina del hombre, ¿por qué éste, sabiendo que está enfermo, de gravedad muchas veces, abandona el Sacramento y busca en las distracciones placenteras del siglo el remedio para su alma? Pues, ¿acaso no hay resina ó bálsamo en Galaad para que se cure mi pueblo?—pregunta el Señor. Como si dijera: Por ventura no hay en el Sacramento del Altar poderosa virtud para curar las enfermedades del corazón? Enseña el doctor Máximo que el bálsamo de referencia es la santa Eucaristía; y el V. Beda añade que Galaad, monte de la Arabia, muy rico en aromas, es emblema significativo de Jesucristo que tiene dispuestos en este adorable Sacramento los remedios de nuestros males. He ahí por qué S. Alfonso de Ligorio pone en boca del Salvador estas palabras: ¿Por qué, oh hijos de Adán, os quejáis de vuestros

males, cuando tenéis en este Sacramento el remedio de todos ellos (1)?

En general las enfermedades graves del cuerpo se adquieren porque el paciente descuidó una poca de calentura, un leve resfriado, una tosecilla, un ligero dolor de cabeza, etc.; de suerte que de leves que eran pasaron á ser graves. Otro tanto sucede al alma. El remedio, empero, de las dolencias ligeras cuesta menos y ofrece mejores resultados; por esta razón el cristiano que posee en la S. Eucaristía su curación, debería visitarla y aplicársela á menudo. «Yo que siempre pecco, dice S. Ambrosio, debo usar siempre la medicina». Por consiguiente, deberíamos apreciar infinitamente el eucarístico Medicamento por el cual el alma jamás muere. «Éste es el Pan del cielo, dice Jesucristo, para que el que coma de Él nunca muera».

9. Contemplemos ahora al Médico divino transformado en eficaz específico del alma. Su extremado amor ha inventado cosas que parecían imposibles. Miradle; es Médico en el Sacramento Santísimo y para curar más pronto nuestras dolencias lleva consigo la medicina á fin de aplicarla convenientemente, al propio tiempo que visita al enfermo. Quiere recetar y aplicar inmediatamente la receta; no aguarda que el doliente vaya á buscarle, sino que Él mismo, convertido en farmacéutico divino, le despacha. Teme que la medicina sola no cause los resultados que apetece, y para el efecto Jesús entra con ella en el corazón humano para producirlos. De aquí es que podemos asegurar con toda verdad que Jesucristo entra en el alma como manjar para sustentar, como médico para recetar y como medicina para sanar al momento. ¿Se han visto mayores prodigios de amor?

Éstos son los tres ministerios que practica el Salvador en el alma; el uno sin los demás no lo efectúa. ¡Buen Dios! ¡Cuán rico sois y cuán dadivoso al propio tiempo! Habéis agotado en ese Sacramento los tesoros de vuestra sabiduría, de vuestra omnipotencia y de vuestro amor; de suer-

(1) Visitas, día 16.

te que aun cuando pretendáis darnos más, ni vuestra ciencia alcanza más, ni lo permite vuestro poder, ni vuestro amor sabe inventar mejor fineza que la que nos dáis en el Sacramento.

§. II.

10. Dícese que el ciervo jamás padece calentura, y hubo mujeres en Roma que, comiendo todos los días carne de ciervo, se libraron muchos años de la fiebre (1). Haya de esta narración la realidad que hubiere, lo cierto es que, comiendo de las carnes del mejor cervatillo de los campos, Cristo Jesús Sacramentado, nos libramos de las fiebres de las pasiones. La Virgen Sma., hablando de las excelencias de este bello Sacramento, nos dice por conducto de la V. Sor María de Ágreda, que «si conociésemos esta gran dádiva, si estimásemos este tesoro, si gustásemos su dulzura, si participásemos en ella la virtud oculta del Dios Omnipotente, nada nos quedaba que desear ni que temer en este desierto... No deben querellarse los hombres, añade, en el dichoso siglo de la Ley de Gracia que les aflijan su fragilidad y sus pasiones, pues en el Pan del cielo tienen á mano la salud y fortaleza (2)...» S. Ignacio y S. Cirilo aconsejan la frecuencia de la Sagrada Comunión, para que huyan los demonios de nosotros; y por esta razón enseña el Crisóstomo (3), que nos habemos de levantar de la Sagrada Mesa como leones, arrojando fuego por la boca con que espantemos y nos hagamos terribles á los espíritus infernales.

Pero la Eucaristía no es tan sólo medicina contra los espíritus malos, sino que remedia también las causas de nuestros desvaríos é imperfecciones. S. Cirilo afirma que apaga el ardor y el fuego de la concupiscencia. S. Bernardo añade: ¿No es este Pan celestial el que disminuye en nosotros las tentaciones pequeñas y nos da virtud para no caer en las grandes? Este Sacramento, prosigue S. Alfonso de Ligo-

(1) Plinio.

(2) *Mistic. ciudad de Dios*, part. II, n.º 1260.(3) *Hom. 61 et 45*, in Joan.

rio (1), á manera de un arroyo de agua, apaga el ardor de las pasiones que nos consumen. El que esté inflamado de alguna pasión, que vaya á comulgar, y verá cómo luego aquella pasión queda muerta ó muy amortiguada. Cuanto más se abstenga uno de comulgar, tanto más aumentarán sus defectos por faltarle el auxilio que la Comunión le proporcionaría. Por esto dice el P. Rodríguez: Vemos comúnmente que los que reciben á menudo este Divino Manjar, viven en temor de Dios, y se les pasa todo el año, y á muchos toda la vida, sin cometer pecado mortal (2). Ciertamente, añade un célebre orador (3), el soberbio, el orgulloso, el avaro, el pecador reincidente, el hombre más escéptico, logra, confesadas sus culpas y recibiendo este Pan de vida, la salud tan necesaria al espíritu.

11. Oigamos á un místico abate (4): «El vino delicioso del Sacramento, á más de engendrar vírgenes, las hace florecer, las produce, las cría, las desarrolla, las multiplica, las embellece, las hermosea y hace sean las delicias de Jesucristo; las llena de gozo, de júbilo y de felicidad. Él en verdad embota el aguijón de la carne, sujeta la rebelión de los sentidos y exhala un perfume de pureza tan dulce, tan suave, que la virginidad nace de él como su fruto natural». ¡Ah! exclama con esa divina unción la mística Doctora del Carmelo: Quien de paso, con un mirar sanaba los ciegos, con una palabra resucitaba los muertos, con sólo tocarle la ropa sanaba á los enfermos, ¿qué hará tan íntimamente unido en el corazón y en el alma?

12. Y, ¿qué significa cuanto acabo de exponer para expresar dignamente las excelencias de esta universal Medicina? Si todas las lenguas angélicas y humanas juntamente no bastan para encomiar las bellezas de la Sagrada Eucaristía, considerada como Medicina del alma, ¿qué es lo que podré decir yo? No sabré sino decir que este mag-

(1) *Monja santa*, cap. 18.(2) *Ejerc. de perfec.*, cap. 13.(3) P. Yagüe. *Cátedra Sagrada*, tomo VI, día II del Nov. del Smo. Sacramento.(4) Coulin. *Virtud Angélica*.

nífico remedio nos fortalece, nos sana, nos vigoriza, nos robustece, nos mantiene y nos vivifica. No sabré decir sino que este divino específico en nuestras languideces nos alienta, en nuestras tristezas nos anima, en nuestras peticiones nos complace y en toda aflicción nos serena. No sabré decir sino que este acreditado medicamento borra las imperfecciones del alma, destierra la tibieza, renueva el fervor, alienta la devoción, induce al amor divino, levanta al caído y resucita al fallecido. No sabré decir sino que esta celestial medicina la toman los santos para perfeccionarse en la virtud, los justos para guardar los preceptos de la Ley, los tibios para seguir el camino del cielo y los pecadores para justificarse.

Sí; ensalza esta eucarística Medicina; recomendadla á todos los hombres, como lo ejecutan los médicos de profesión con los específicos excelentes, tratándose de la salud corporal; arraigadla en el corazón de los fieles aunque sea á costa de sacrificios. ¡Qué lástima que poseyendo un remedio de tanta valía no usemos debidamente de Él para nuestras dolencias espirituales. «Culpa es de los fieles, dice la Virgen Sma., no atender á este Misterio, y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos que para su remedio ordenó mi Hijo Smo. (1)».

Y á la verdad, nuestro acierto está en buscar la salud donde se encuentre; y Jesucristo nos la brinda desde el Sagrario y desde la Comunión santa. Acerquémonos á estos saludables lugares, á este probado Síloe, y el Redentor mismo será quien nos bañe en sus regeneradoras aguas y nos devuelva una salud completa.

EJEMPLO

Cierto mancebo, refiere Paulo Berri, (2) estaba tentado gravemente de lujuria. Queriéndose librar de tan molesta tentación, apeló á varios medios, que resultando inútiles, por consejo de su Confesor y en atención á

(1) Mist. C. de Dios, II. Part. n.º 260.

(2) Trat. 6.

la Doctrina del Apóstol tomó la resolución de casarse. En el matrimonio, no obstante, si bien se mitigó la violenta pasión, tuvo que sufrir horribles trabajos. Al cabo de algún tiempo enviudó y toda aquella antigua lucha del apetito desordenado reapareció en el joven; pero, vuelto á aconsejarse con un sacerdote, comenzó á frecuentar la Santa Eucaristía, y al propio tiempo empezó á sentir en el alma tal quietud y sosiego, tanta paz y dulzura, que, suspirando, decía: ¡Ah! para qué me casé nunca? cómo no hallé en mi primer batalla quien me aconsejara esta divina frecuencia? ¡Ah! si desde aquel tiempo hubiera yo hallado un confesor que me hubiera recetado este medicamento, ni yo hubiera perdido tanto tiempo, y fuera hoy quizá compañero de los ángeles.